

Las herramientas tecnológicas y el intérprete



El uso de la tecnología en el trabajo del intérprete puede ser vital: no solo ayuda a evitar errores o imprevistos, sino que enriquece el trabajo de múltiples formas. De cualquier modo, sin importar qué herramientas utilice, el profesional, sostiene la autora de esta nota, debe desarrollar su tarea con excelencia.

| Por la **Doctora Verónica Pérez Guarnieri**

Desde el punto de vista cognitivo, el trabajo de un intérprete es uno de los más complejos. No solo porque la atención debe estar distribuida entre dos acciones, comprender y traducir, sino por el dominio de muchas competencias que se llevan a la actuación de manera simultánea.

Como las personas somos falibles, los intérpretes cuentan con mucha tecnología que, bien utilizada, garantiza el éxito de la tarea. Sin embargo, no todos los profesionales trabajan con ella. Algunos consideran que es una suerte de bastón en el que se apoya el inexperto; otros, que es una aliada que facilita la superación de obstáculos e imprevistos.

En realidad, el uso de la tecnología concienzudamente no solo ayuda a evitar errores o imprevistos, sino que enriquece el trabajo de maneras impensadas. Por ejemplo, durante los últimos años, surgieron las aplicaciones para los celulares y las lapiceras inteligentes (Smart Pen, Stylus, Apex, etcétera), que le ofrecen al intérprete múltiples herramientas de trabajo: graban, transmiten a otros dispositivos la información que almacenan, cuentan con diccionarios y programas predictivos de sintaxis, entre otras opciones.

Ahora bien, la implementación de una lapicera inteligente ofrece ventajas y desventajas. Por una parte, le permite al intérprete concentrarse en su tarea, ser más preciso en la terminología y traducir expresiones más cercanas a la forma en que se dijeron; evita las interrupciones al orador o la formulación de preguntas innecesarias que entorpecen la dinámica del expositor, a la vez que aporta fluidez y naturalidad al contenido interpretado. Por otra parte, implica un nuevo foco de atención, más allá de lo que dice el orador, de la recepción del público y de aquello que se interpreta; no es adecuada cuando el usuario tiene dificultades con la tecnología —en esos casos, puede convertirse en un estorbo— y supone una tensión en cuanto a la expectativa del oyente, quien, a veces, espera una versión resumida de lo dicho en otra lengua y, otras, mayor detalle en la traducción.

También existe un dilema ético en el uso de las herramientas, pues no todos los clientes toleran que se grabe durante el desarrollo del encuentro en el que participa el intérprete. Muchas veces, hay políticas de confidencialidad que se ven jaqueadas por el uso de esta tecnología, lo que provoca la desconfianza general. Esto puede solucionarse con el agregado de alguna

cláusula en el contrato del servicio, donde se garantice esta confidencialidad y la eliminación de los archivos una vez terminado el trabajo.

Sobre la base de lo expuesto, cabe preguntarse si el uso de estas herramientas realmente facilita el trabajo o si, tras la aparente simplificación, existe un proceso inverso, en el que el profesional corre el riesgo de perder el foco y atender a las cuestiones tecnológicas cuando lo único que importa es que el cliente quede satisfecho con la interpretación que se llevó a cabo.

Si bien no puede darse una respuesta genérica, hay un aspecto fundamental que no debe perderse de vista: sin importar qué utilice, el profesional tiene que desarrollar su tarea con excelencia. La tecnología sola no basta para comprender los aspectos esenciales de la situación comunicativa, no explica aquello que viene dado por la cultura del hablante o del oyente, no brinda soluciones sobre lo no dicho. Por lo tanto, cada intérprete tendrá que buscar su propio equilibrio en relación con el empleo de herramientas digitales que faciliten la tarea y aseguren un trabajo de calidad, como el uso de *software* para armar glosarios y bancos de discursos para capacitación y práctica. ■